

Problemas estudiantiles

Retrasados escolares

La Dirección de esta REVISTA acoge con señalada complacencia el estudio que va en seguida.—Su autor, el doctor Guillermo Trigueros, es actualmente Catedrático de Patología interna y Clínica Médica en la Facultad de Medicina de la República del Salvador.

Hace ya varios años que publiqué un trabajo sobre tipos psicológicos, y en él tuve referencias a nuestros retrasados escolares por causas psíquicas; en él hablé del *truck de los examinandos*, tan común como desconocido entre nosotros. Hice alusiones ligeras sobre las causas que yo reconocía en ese desequilibrio escolar. También llamé la atención sobre la posibilidad, para el médico escolar, de reconocer en el alumno presente al futuro neurópata, al futuro desequilibrado, al futuro epiléptico, o al futuro criminal, o bien al futuro ciudadano honrado y patriota.

Mis observaciones posteriores me han confirmado mis convencimientos anteriores, y además he podido llegar al conocimiento de algo que no es consolador, pero que mi criterio me presenta como cierto, aunque este criterio no debe tenerse como intachable desde luego.

Esta verdad es que la mayoría de nuestros escolares está representada por los medianos, siendo *muchos los malos*, y pocos los inteligentes superiores.

Los anteriores datos son bien conocidos por los pedagogos que han querido llevar observación atenta y estadística sobre sus discípulos. Varias son las causas de esa depresión psíquica juvenil. Urge conocerlas para tratar de levantar el porcentaje de los intelectuales superiores.

Como ya lo he dicho creo que esta es una obra de verdaderos médicos escolares y de verdaderos pedagogos.

Se requiere observación atenta y apreciación sutil de hechos que comunmente pasan como manifestaciones triviales de la vida escolar o familiar del educando.

No podemos suponer que nuestros escolares retrasados son únicos en el mundo. Nada sería tan erróneo, pues en todos los países civilizados existen; pero su existencia es tema de estudios y medidas para conseguir corregir ese mal que de tal manera afecta el porvenir de la Patria.

En Francia, sobre todo, se hacen estudios especiales del mismo déficit psíquico escolar.

He tenido a la vista un notable trabajo que presentó el doctor Girbert Robin a la Academia de Medicina de París, y cuyo título es este: «La inhibición en el niño es a menudo la causa de retardos escolares».

Yo, que no puedo pretender más que ser un simple observador, no podría hacer mejor cosa que comentar ese trabajo en una parte de este estudio, y anotar algo que haya aprendido en mi campo de observación, que desde luego es bien inferior al campo de observación del autor francés citado.

Comienza él, primero, analizando la pereza del alumno.

Este trastorno psíquico, muy común en nuestros escolares, se trata de corregir, entre nosotros, por medios coercitivos, descuidando por completo la etiología, debiendo de procederse por medios de exaltación del entusiasmo o del amor propio del alumno. Se cree que la pereza es la causa de la fuga, tomando aquí por fuga el acto de irse el alumno a lugares diferentes de la escuela, como al campo, a paseos, a tomar baños, a tomar frutas en fincas, en fin, a merodear. En las ciudades, son derivativos de la pereza y pretextos de fuga los cafés, las reuniones sociales, los espectáculos, etc. Pero real-

mente en el acto de la fuga hay dos cosas o manifestaciones distintas. Consideremos que el perezoso es un inhibido, un inactivo intelectual, tal vez un pusilánime que se oculta en su casa o en otra parte para evitarse la molestia que le ocasionan las tareas escolares.

La manera de evitar o de corregir este desequilibrio parece que sería buscar cómo el malestar que el alumno experimenta frente a sus obligaciones se neutralizara o desapareciera del todo. Habrá, pues, que conocer cómo es que el régimen escolar choca contra el psiquismo individual, y entonces tratar de hacer ese psiquismo más tolerable al régimen escolar. Sería esta una obra lenta y progresiva. No se crea que una disciplina general pueda corregir el mal; todo lo contrario, es más fácil que lo empeore. Pero para encontrar esa fórmula apropiada debemos de conocer no sólo el psiquismo del alumno sino también el estado de salud del cuerpo. Aquí tenemos sin duda ninguna la confirmación de que el estado del espíritu guarda relación con el estado de salud o de enfermedad del organismo humano. Pero, por otra parte, no debemos de limitarnos a estas exploraciones; hay que inquirir también lo que haya en el hogar paterno, pues muchas veces en él se encuentra la verdadera causa del mal. Comprendo muy bien que esta encuesta es bastante escabrosa; pero no se debe olvidar que no es el curioso el que investiga, sino el médico, y que esa investigación es indispensable para obtener algún resultado provechoso.

El profesor Gilbert Robin al estudiar estos perezosos, retrasados escolares, deprimidos intelectuales dice que esta forma de inhibición mental debe entrar en el cuadro de la epilepsia o, por escalones degradados, de la epileptoidea.

Mis observaciones no me permiten llegar, de una manera general, hasta donde ha llegado el neurólogo francés.

No cabe la menor duda de que la fuga escolar puede ser una manifestación de naturaleza epiléptica larvada. Si investigamos sobre los antecedentes familiares, fácil nos será encontrar el alcoholismo, las neuropatías, las neurosis de angustia, o bien la epilepsia, ya sea larvada o clásica, en los padres, hermanos o parientes.

El prófugo escolar es diferente: éste, además, tiene una impulsión que no tiene el simple perezoso; se fuga de la escuela como se fuga del hogar, y se fugará más tarde del cuartel, o de las filas, ante el enemigo. A veces es una impulsión inevitable, y este individuo no es pusilánime, más bien es valeroso y atrevido. El perezoso simple es cobarde e inactivo.

En mis investigaciones sobre estos tipos psicológicos he logrado descubrir dos enfermedades, como principales, en la etiología de esos trastornos. La primera, el terrible paludismo, en sus formas larvadas.

Esta enfermedad no es tomada en cuenta por el profesor Robin porque en su campo de observación no se conoce, tal como figura entre nosotros.

El paludismo produce la anemia, que por sí sola es suficiente para ocasionar una depresión intelectual, origina la abulia psíquica, y convierte al alumno en perezoso.

Esta misma enfermedad ocasiona alteraciones disipéticas muy frecuentes, en el cual el calor tropical determina trastornos circulatorios cerebrales que se manifiestan por cefalalgias, sopor, inactividad psíquica, y depresión funcional en general.

Nadie desconoce, por otra parte, entre nosotros, la frecuencia de la anquilostomiasis duodenal, en los escolares, y sus funestos resultados, los que se añan a los del paludismo, y convierten al alumno en un inservible.

Neurosis escolares

Durante la vida escolar se desarrollan también neurosis que es necesario conocer. Unas veces son provocadas por el paludismo, otras son espontáneas. Entre esas formas debemos de reconocer las neurosis de angustias que transforman al escolar en un verdadero perseguido perseguidor, y no hay que desconocer que este estado es empeorado o provocado por las molestias, intrigas, odios y burlas de los otros alumnos. Esto constituye un asunto tan importante en nuestros centros escolares que debe merecer mayor atención de los señores directores. Ya he tenido algunas conversaciones con pedagogos sobre este tema; pero me he convencido de que ellos no estaban de acuerdo conmigo sobre la mayor importancia que yo solicito para resolver esos problemas médico-escolares. Sin embargo, esas contrariedades entre condiscípulos, esas faltas de consideración de los alumnos mayores, originan neurosis, odios, insidias que verdaderamente influyen sobre el estado psíquico de los niños y alumnos mayores, y ayudan en el apareamiento o al desarrollo del decaimiento intelectual, y lo que es peor, preparan futuras enemistades que darán sus resultados sociales funestos en épocas posteriores.

El profesor Gilbert Robin pasa después a estudiar el caso de alumnos que a pesar de ser aplicados en sus estudios y de haber obtenido un buen aprovechamiento no pueden sostener un buen examen porque una impresión psíquica los convierte en impotentes para la operación mental más sencilla.

Esa inhibición intelectual de momento, la considera el autor como de origen emotivo, y dice que el mutismo en ese caso aparece como completamente involuntario; cree que las ideas no son detenidas, pues el alumno tiene la comprensión psíquica; pero un espasmo impide la ar-

ticulación de la palabra; es por lo tanto una afacia motriz, como lo prueba el hecho de que algunas veces vence con sus esfuerzos volitivos ese espasmo; pero su lenguaje resulta una verdadera disartria. Todo eso desaparece cuando el alumno cambia de situación; y tan luego llega al medio habitual piensa y expresa sus ideas perfectamente bien.

Como ya lo he dicho yo, en ocasiones anteriores me he referido a este mismo fenómeno adoptando el nombre que le dan otros autores, es decir, el de *truck de los examinandos*,

Ninguna importancia se le ha dado a esta morbidez escolar, y hay muchos que la desconocen entre nosotros. A pesar de eso su existencia es positiva y su importancia es grande, y debe de llamarse la atención sobre ella con el fin de conocerla mejor y evitarse así de cometer injusticias, que a veces son tomadas como abusos incalificables.

No es difícil distinguir el acto emotivo del acto de contestación del farsante, que no teniendo preparación suficiente se presenta a examen con el deseo de probar suerte.

El emotivo es conocido; pueden los examinadores darse perfecta cuenta de que posee los conocimientos adquiridos en buenos estudios; hay fenómenos que son reveladores de su estado, como son los temblores, sudores, rubicundez de la cara por trastornos vaso-motores, etc.

Yo, cuando creo encontrarme con algún estudiante emotivo, de enseñanza profesional, con el fin de evitar el truck le pido que escoja él mismo el tema o punto del programa que desee desarrollar, y una vez escogido este punto, hago la respectiva réplica, pudiendo entonces llevar al sustentante de manera disimulada a otro tema sin que la emoción aparezca. Se me ha llamado la atención sobre esta práctica que pongo en uso frecuentemente; pero yo estoy seguro que el buen estudiante

escoge un tema apropiado y lo desarrolla bien sustituyendo su emoción por un deseo vehemente de dar buena prueba y no aparecer como un favorecido. El mal estudiante vacila para escoger el punto, y cualquiera que escoja lo desarrolla mal.

El farsante, a diferencia del emotivo, habla mucho, cambia la proposición sin darse cuenta, embrolla, y en su afán de engañar al jurado de examen defiende los mayores errores, sin comprenderlo siquiera; no hay ningún signo de emotividad sino de atrevimiento y de audacia.

El profesor Gilbert Robin pone frente al tipo emotivo, a quien me he referido, un tipo que presenta la inhibición epileptoide o epiléptica. Esta inhibición, dice el sabio francés, está más cerca de la obtusión que de la inhibición emotiva, que es una obtusión pasajera; se interroga al niño, dice, y la respuesta es el silencio. Y continúa describiéndonos ese tipo psíquico escolar con las siguientes palabras: «La mirada es vaga, turbada, o al contrario, de una fijeza ciega. Ninguna traza clínica de emoción. En vano se buscaría el temblor y los espasmos de los emotivos. Sin duda la emoción del interrogatorio ha desencadenado la inhibición, sin duda la causa provocadora es la misma que en la inhibición emotiva; pero se nota esta diferencia, que el niño epiléptico queda tranquilo, tanto ante su medio familiar como ante el maestro de escuela».

Para apreciar estos principios del profesor Robin debemos de advertir que el concepto actual de la epilepsia es más amplio que el antiguo, pues abarca hoy un grupo mayor de estados nerviosos, que antes fueron considerados desligados de ella. Si analizamos las características de los dos grupos que compara Robin nos parecerá que la diferencia es tan sólo de grados; sin embargo adelante nos dice el autor, de su tipo epiléptico o epileptoide, que :

«no habla, no porque sea incapaz de hacerlo, sino porque no tiene nada qué decir».

Fácil es comprender cómo este caso se confunde con el del ignorante completo, el que puede ser alguna vez epiléptico o epileptoide; pero muchas no lo será, y si no contesta es porque no ha podido adquirir los conocimientos necesarios, por cualquier motivo ajeno de la epilepsia.

Es pues algo difícil admitir para todos los tipos semejantes al del doctor Robin la etiología epiléptica, por más que él admite como característica una amnesia; pero sin emoción ninguna. Esta amnesia cree el autor citado que puede ser más o menos profunda.

Consideremos nosotros que entre nuestros grupos escolares es muy conocido el amnésico; sin embargo, tenemos que admitir que un amnésico no siempre es un falto de inteligencia, puede muy bien ser desmemoriado; pero poseer buena inteligencia o comprensión fácil. Por otra parte, en mis observaciones hay casos de individuos de una memoria excelente; pero presentando un déficit conceptual; son muy buenos retentivos de lo que leen u oyen; pero para concebir ideas o resolver problemas no aprendidos anteriormente, son casi nulos.

El pedagogo y el médico escolar deben esforzarse por el nivelamiento psíquico de estos individuos.

Bradipsíquicos

Tenemos que reconocer que entre nuestros alumnos existen los que podemos llamar lentos, que a primera vista aparecen indiferentes, abúlicos intelectuales; pero realmente no son retrasados porque no adolecen de falta de comprensión intelectual, sino de lentitud psíquica. Son los llamados por Gilbert Robin bradipsíquicos.

Estos bradipsíquicos entran también en el cuadro epileptoide de Robin. Pero nosotros podemos afirmar que no todos nuestros escolares lentos deben ser catalogados entre los epilépticos o epileptoides.

En mis observaciones no he podido llegar hasta ese convencimiento; pero sí reconozco el alto valor de la opinión del autor francés, y el de la señora Minkowska, según los cuales, en la herencia de los lentos intelectuales y de los que adolecen de suspensión temporaria de facultades mentales figura el alcoholismo, la sífilis, la epilepsia, la agitación emotiva y ansiosa.

Desde luego hay que hacer diferenciación entre los simples retrasados y los epileptoides, diferenciación que no resultaría fácil adoptando únicamente los conceptos del doctor Robin. Pero la señora Minkowska nos facilita la solución de esta cuestión.

Ella toma en cuenta otras manifestaciones para la calificación del tipo epileptoide, que yo llamo de epilepsia larvada.

Reconoce en ese grupo psíquico escoiar, las cóleras, la impulsibilidad, la turbulencia, las pesadillas, la agitación nocturna, el sonambulismo y la eneuresis persistente.

Chaslin, citado por Robin, insiste sobre el valor de la turbulencia epileptoide.

Tomando en cuenta todo ese conjunto de manifestaciones mórbidas cuando se presentan, siquiera en parte, sí podríamos reconocer el retrasado epileptoide.

Desatentos escolares

Es muy conocido entre nuestros escolares un déficit grave. Este está constituido por la falta de atención. Esta puede llegar hasta la ausencia verdadera.

Las causas que yo he llegado a conocer de esta deficiencia escolar, son, por una parte, la falta de comprensión de lo explicado por el profesor, lo que ocasiona un fastidio mental, y el alumno trata de salvarse de él dirigiendo su imaginación a algo diferente.

Hay que distinguir la falta de atención de la ausencia verdadera, que puede tener un sello epiléptico, en cuyo caso las otras manifestaciones no faltarían.

Son conocidos algunos jóvenes desatentos, y hasta mal educados en las clases; éstos están constituidos por los que no teniendo inclinación a los estudios son obligados a concurrir, o ellos concurren para tener un pasatiempo como engañar a sus padres.

Con tales hay que emprender una campaña especial para conquistarles la voluntad. Son francamente desequilibrados psíquicos, aunque yo no me atreva a colocarlos entre los epilépticos francos, ni entre los epileptoides.

La desaplicación de algunos alumnos tiene relación con el número crecido de concurrentes, ya que la influencia del profesor no puede extenderse a todos sino a unos pocos.

Una medida eficaz contra este defecto sería formar un grupo de retrasados por desatención, o por cualquier otra causa, y tratarlos como tarados, procurando levantar lo más posible el nivel psíquico de ellos. De esa manera se disminuiría el crecido número de alumnos que concurren muchas veces sólo para dificultar la labor del profesor, y las buenas disposiciones de los compañeros normales.

Causas externas de retrasos escolares

Pero además de todo lo considerado, yo creo que nosotros podemos entrar en otra clase de consideraciones de orden diferente. Nosotros debemos de estudiar otros hechos, no individuales, como causas ocasionales de esos desequilibrios mentales, o morales del escolar.

Hay una serie de causas externas que obran sobre el psiquismo del alumno, y que podemos señalar, porque aunque parezcan triviales no lo son en realidad. Consideremos primero el local donde se imparte la enseñanza.

Este punto tiene un valor que los pedagogos conocen bien. Un local reducido, mal ventilado, de paredes

pintadas con colores impropios, produce una influencia mala, pues ocasiona fastidio, que origina la falta de atención en los predisuestos. El calor ocasiona vértigos, cefalalgias, que en los alumnos palúdicos constituyen un verdadero sufrimiento, el que no siempre pueden disimular, y lo cual algunos profesores toman como faltas de disciplina e imponen castigos que empeoran, o crean la emoción inhibitoria.

El inematógrafo como causa de retrasos escolares

Dejaría de cumplir con mi deber si pasara por alto la influencia nefasta del cinematógrafo sobre el desarrollo de psicosis infantiles, y hasta de adultos, y por lo tanto el gran contingente que representa en el retraso escolar.

El cinematógrafo es una espada de dos filos y debe manejarse con destreza para evitar que destruya en vez de construir, fomentando buenas ideas.

No hay ninguna duda que al servicio del buen maestro es un magnífico medio para imprimir sensaciones, para plasmar ideas y lograr que el educando fije su atención, fijando al mismo tiempo en su espíritu la idea vertida, y esto porque la célula cortical se impregna mejor con una imagen visual, y con una sensación auditiva que con esta última sola.

La impresión psíquica producida por el cinematógrafo es más duradera, más sugestiva y más profunda.

Pero eso, y mucho más, se puede reprochar de él cuando se inclina a divulgar vaciedades, vicios, tendencias disociadoras e inmorales. En estas últimas condiciones el cinematógrafo es criminal, y como tal debe de ser perseguido.

El doctor Calatraveño, en un valioso trabajo, denunció esas exhibiciones ante las autoridades de Madrid, y la Municipalidad y el Gobierno español dictaron medidas conducentes a evitar los perjuicios, y a aprovechar

de mejor manera los beneficios que de ellas pueden obtenerse.

Como muy bien nos enseña el sabio psicólogo José Ingegnieros, «en el desenvolvimiento individual intervienen dos factores, la *herencia* y la *educación* para constituir la personalidad».

Pero los pedagogos, y nosotros los médicos, hemos llegado a aprender que esa herencia, ya que se manifieste por una tendencia o ya que permanezca silenciosa, tiene una influencia decisiva sobre el segundo factor del desenvolvimiento individual, es decir, sobre la educación.

Ahora bien, fácil nos es comprender la poderosa acción del cinematógrafo para exaltar o provocar esa herencia en el alumno, e inclinar ésta hacia una buena educación.

No parece, por lo tanto, una obra muy sencilla, y de allí que si no se está en condiciones de lograr la adaptación del cinematógrafo a las necesidades psíquicas y morales, sería preferible abstenerse de ese poderoso medio.

Pero afortunadamente no sólo podemos considerar las tendencias individuales, ya que al lado de éstas figuran las tendencias colectivas, que no son desconocidas por los pedagogos, ni por los psicólogos, y que se manifiestan también tanto en las escuelas, como en la sociedad.

Ahora bien, como lo afirma el mismo Ingegnieros, la conducta es el resultado de la variación de las tendencias hereditarias mediante los hábitos adquiridos por la educación.

Es pues al hecho de adquirir hábitos educativos hacia donde debe dirigir sus actividades el maestro.

Y el cinematógrafo es medio poderoso para adquirir hábitos.

El primer hábito que se impone es el de concurrir a las exhibiciones. Entre nosotros él ha degenerado en vicio, no sólo en los niños, sino también en los adultos.

En esto constituye, al mismo tiempo, un motivo poderoso de retraso escolar, por cuanto que llena por completo la imaginación del niño, y poco o ningún campo le queda para fijar sus ideas educativas, recibidas en la cátedra.

Por lo anterior se verá que no soy enemigo del cinematógrafo; pero sí creo que en la educación infantil debe quedar encargado su uso única y exclusivamente al maestro.

No debe permitirse que los educandos concurren sino a las exhibiciones autorizadas por una comisión de pedagogos entendidos.

Influencia del deporte en los retrasos escolares

Me permitirán, señores, que pase a referirme a los deportes, como causa de retrasos escolares, y de desequilibrios psíquicos. Tal vez choque contra criterios adversos y valerosos; pero yo tan sólo expongo el resultado de mis observaciones personales, y no trato de imponer principios que contraríen ideas ajenas, que desde luego pueden ser también refutables.

Para corregir desequilibrios psíquicos, o ya para educar, debemos atender a las inclinaciones naturales de los alumnos; pero también debemos aprovechar las ideas que nazcan de nuestras experiencias, ideas que no podemos encerrar entre horizontes estrechos adoptados con tendencias dogmáticas, porque esto sería atentatorio a la libertad espiritual.

Considero al deporte, como al cinematógrafo, una espada de dos filos, esto es, capaz de producir muy buenos resultados, pero capaz también de producir perjuicios individuales graves.

El fin del deporte no es únicamente la diversión honesta y lícita, sino también buscar el mejor desarrollo orgánico y funcional, lo mismo que corregir defectos físicos.

Nosotros lo sabemos porque nos lo enseña la Fisiología, y los psicólogos lo saben, porque se los enseña la Psicología, que el conjunto armónico de funciones fisiológicas y psicológicas, que se desarrollan en el individuo sano, está regido por la energética biológica. Bien complejas son estas funciones, ya que fenómenos físicos, químicos y endocrínicos presiden al acto psíquico; pero, por complejo que ese desarrollo aparezca, hay que reconocerle un sello característico, y este es el equilibrio que tiene por resultado la vida y la salud.

Porque la vida no es sino el resultado de esa lucha por mantener ese equilibrio que surge de la energética biológica.

Tan luego un órgano es sometido a un trabajo mayor que el que puede fisiológicamente desempeñar, tan luego una función fisiológica es extralimitada, el estado anormal o vicioso aparece porque se ha roto ese equilibrio maravilloso que tiende a mantener la energética biológica, y por lo tanto la armonía de funciones psíquicas, que acompañan a las fisiológicas, sufrirá el contragolpe, y las facultades intelectuales recibirán en su natural desarrollo una influencia inhibitoria.

El deporte en países de clima frío tiene que ser más tolerado y por lo tanto más intenso que entre nosotros, que vivimos en países cálidos.

Es un error grande implantar reglamentos de países extranjeros, hechos para hombres de otras razas, que viven en otros climas. Debemos sobre todo reglamentar el tiempo que conviene dedicar al deporte. Es un error practicarlo en horas de calor, y en pleno sol.

Es otro error dedicarle un tiempo prolongado. El deporte, como los ejercicios corporales ordinarios, produce una fatiga, fatiga que significa intoxicación. De esta intoxicación se defiende el organismo por medio de funciones renales, hepáticas y secretorias. Esta sería para el doctor Claparades una intoxicación fisiológica, tanto como el acto de defenderse de ello. Pero tan luego la fatiga traspasa ciertos límites, se convierte, como muy bien nos lo dicen Nobecout y Schreiber, en un estado anormal, patológico, durable, difícil de combatir y que es necesario evitar.

Sobre esto mismo, Vinet y Henri expresan lo siguiente:

«Una fatiga normal es la que se repara ella misma sin darse cuenta. Al contrario hay cansancio todas veces que la fatiga que se experimenta exige para su reparación condiciones excepcionales». Para evitar esa fatiga post deportiva y creadora de retrasos escolares debe crearse un reglamento científico y tomarse muy en cuenta el criterio de la profesora Margarita Reynier, según el cual debe introducirse el reposo, no al momento en que la fatiga se produce, sino antes.

Eso tiene su fundamento, dice el doctor Claparades, en la siguiente experiencia fisiológica: «Si se agota, por ejemplo, un músculo haciéndole verificar 30 contracciones, es necesario dos horas de reposo para restablecerlo completamente. Pero si se intercala el reposo al medio del trabajo, es decir, después de 15 contracciones, bastará para reparar la fatiga producida una media hora solamente. Y el trabajo ejecutado en el segundo caso será superior al ejecutado en el primero».

He llevado atenta observación sobre alumnos que se han convertido en apasionados deportistas, y he registrado en ellos marcados retrasos escolares por efecto de una falta de aplicación que guarda perfecta relación

con la pérdida del entusiasmo para los conocimientos científicos que la pasión deportiva ha originado. Es decir, ha faltado la armonía indispensable entre las dos educaciones.

Tenemos, pues, que prácticamente la educación física inhibe a la educación intelectual.

Este problema es muy conocido en nuestro medio escolar; yo he tratado de él con pedagogos distinguidos, pero ningún trabajo he conocido que sea conducente al obviar el mal. Tal vez mi criterio sea calificado de exagerado; sin embargo fácil sería, a quien quisiera investigar, convencerse de que el número de retrasados escolares es mayor cuanto más grande es el entusiasmo deportivo. Y no se crea que esto sucede únicamente con nuestros educandos; en Europa misma se protesta ya en contra del mismo abuso de los deportes, por causar los mismos perjuicios. El doctor Marañón, eminente médico español, ha publicado varios trabajos sobre el mismo asunto, después de haber hecho un estudio muy valioso del problema.

No es un mal tratar de desarrollar el organismo en su mayor grado posible; el mal está en tratar de obtener atletas ignorantes, deprimidos intelectuales, porque éstos estarán, a pesar de su desarrollo corporal, en la vecindad de la imbecilidad, y de la criminalidad.

La educación física y la educación psíquica deben de impulsarse a su mayor desarrollo; pero de una manera paralela. De lo contrario se llegará a un predominio unilateral, que científicamente será un fracaso, del que serán responsables los que no han sabido sacar el debido provecho de los medios que el Estado ha puesto a su disposición o bajo su dirección.

La educación física, además de ser dirigida como preventiva contra males psíquicos individuales, debe de orientarse contra tendencias morbosas de la comunidad.

Existe, entre nosotros, el paludismo como enfermedad universal, y existe la tuberculosis con una frecuencia mucho más grande que lo que la generalidad lo supone.

El organismo infantil es sobre todo un terreno de evolución predilecto de la tuberculosis. A él pues, debemos de dirigir las mayores actividades posibles para contrarrestar de la mejor manera deseable esa fuerza devastadora de la humanidad.

El deporte, para ser aprovechado debidamente debe de ser ejecutado en el campo; se debe buscar aire libre para los pulmones; con el deporte se exagera el acto funcional del pulmón, se le obliga a aprovechar mayor cantidad de aire, y éste debe ser rico en oxígeno. Ese gimnasio en medio de la población es un gran error. Todos conocemos la composición del aire de las poblaciones, todos sabemos que es rico, no en oxígeno, sino en microbios. De manera que obligar al niño al deporte en esos gimnasios, en los centros de las ciudades, es obligarlo a intoxicar su organismo, absorbiendo aire contaminado en mayor cantidad, y exponerlo a un contagio de tuberculosis.

Además, el deporte debe de ser seleccionado para cada grupo de individuos, no es indiferente para todos. El deporte conveniente para unos puede ser perjudicial para otros, esto depende de las diferentes predisposiciones de los individuos.

Factores educacionales

Debemos de considerar a la educación como una resultante de dos fuerzas, o tendencias; primero, la herencia individual, y segundo, la tendencia de adaptación al medio en que se desarrolla el psiquismo del educando.

La primera fuerza es innata y exclusivamente indi-

vidual; no es una creación social. Este factor puede el pedagogo exaltarlo, modificarlo, neutralizarlo en mucho; pero no destruirlo del todo. Sin embargo esas modificaciones serán después transmitidas, por herencia, a los descendientes, y de esa manera se obtendría una educación hereditaria, tal como se transmiten los defectos o vicios adquiridos por los progenitores desde su vida escolar.

La segunda es una causa compleja ya que depende en parte de la sociedad, que es la que ha creado el medio al que tiende a adaptarse el niño y el joven en todas sus actividades psíquicas. Esa inclinación a imitar que encontramos en todos los niños, en los adultos y hasta en los individuos mayores, no es más que la tendencia de adaptación al medio social en que se vive. Esa predisposición imitativa de los individuos aislados se encuentra también en las sociedades y agrupaciones, y eso constituye la ecodalia y la ecopraxia, que demuestran la sugestión colectiva.

Los niños y jóvenes escolares se adaptan primero, en su vida social, el medio ambiente constituido por el hogar y después el constituido por la sociedad. Pero en su vida intelectual se adaptan, primero al medio ambiente creado por el maestro y después al creado por la sociedad en que viven.

Es la psicología colectiva, pues, la que forma el medio ambiente al cual se adaptará el nuevo ciudadano, o sea el escolar. Por lo tanto debemos de dirigir las miradas a esa psicología social que tiene tanta influencia en la educación individual. La obra del maestro y de su aliado, el médico escolar, no debe ser sólo la dirigida al individuo educando, debe dirigirse también a la sociedad, al pueblo en general. Por lo tanto, el campo de acción de ellos no debe quedar limitado a la es-

cuela, al taller, o a la enfermería; ellos deben tener sus puestos en los congresos nacionales, en los municipios, en los gabinetes gubernativos y en todas las directivas sociales. Son, por otra parte, los más aptos para gobernar pueblos.

El maestro y el médico social tienen un valor que no se conoce en las sociedades actuales, a pesar de que están padeciendo éstas de enfermedades muy graves..

